



## LA MUERTE

Ha muerto un amigo a quien quería con toda el alma.

Le debía mucho de afecto y no poco de paternal protección.

Uno más de los muchos que la muerte ha ido arrebatando.

Miro atrás, y no veo más que cruces.

Cada una me dice el lugar en que fueron cayendo poco a poco los muchos de los que amé y los muchos más a quienes conocí.

Y mientras les dedico un recuerdo y les ofrezco una oración, una voz dentro de mí me está diciendo: un poco más, y tú también habrás muerto.

¡Habré muerto!

¡Moriré!

Y sin fuerza para luchar contra la muerte, me digo: cuando Dios quiera, *fiat*.

Y como si ya sintiera el frío de la muerte dentro de mí, me pongo a pensar y a temblar.

Pienso en lo breve que es la vida.

Aun la más larga es siempre corta.

Corta al menos para lo larga que se querría que fuese.

He visto morir a muchos.

Con los dedos de una mano puedo contar los que he visto morir creyendo que habían vivido bastante.

Aun los que vivieron vida larga de miseria y de dolor no se habían cansado de vivir. De sufrir, sí; de vivir, no.

¿Cuestión de fe?

No: aun los de fe robusta querían vivir un poco más, algo más.

Claro que resignados a morir, adorando los designios de Dios, pero muriendo algo así como a la fuerza.

¿Qué tiene la muerte que no se quiere morir?

¿Por lo que nos hará dejar *aquí*?

¡Pero si hay quien dejará tan poco!

¿Por lo que nos hará encontrar *allí*?

¡Pero si *allí* encontraremos tanto!

¡Si *allí* lo encontraremos todo!

Digamos que la muerte no se hizo para nosotros; por esto la aborrecemos.

Digamos que la muerte nos coloca en situación muy crítica; por esto nos causa espanto.

Es algo que el hombre no puede arrancar de sí, por mucho que se esfuerce en arrancarlo.

Aunque lo haya negado miles de veces con palabra blasfema y cínica, en el fondo del alma lo está escuchando siempre: al final de la vida la muerte, y en la muerte Dios premiando o castigando, según hubieren sido nuestras obras.

¡Dios!

¡El Dios de Majestad inmensa y de Justicia inexorable!

También el Dios misericordioso, ¿qué duda cabe?, pero Juez al fin.

Y cuando pensamos en nuestra comparecencia ante El, no podemos menos que temblar.

Tiemblan los ángeles en su presencia; ¿podremos no temblar nosotros?

¿De miedo?

¿De fervorosa y rendida adoración?

Esto sabemos, que habría que temblar inmensamente más si, pensando en aquella hora, no tembláramos mucho ni poco.

No dudamos de Dios.

No desconfiamos de El.

¿Cómo fuera posible esto sabiendo como sabemos que sólo en El podemos confiar?

Y aún sabemos más; que por mucho que confiemos y descansenos en El, su Bondad inagotable es razón bastante para una mayor confianza todavía.

Pero esto creemos saber también, que podemos confiar más seguramente cuanto más nuestra pequeñez nos haga temblar delante de su Majestad inmensa.

Si algún momento grave hay en la vida, es el momento de morir y comparecer ante Dios.

Un Dios Padre: por esto hemos debido amarle tanto.

Un Dios Juez: por esto hemos debido temerle.

Comienzo de la sabiduría es el temor de Dios.

No el miedo, el temor.

¿Dónde acaba el miedo?

¿Dónde empieza el temor?

El amor es quien fija ese límite.

Por esto se ve: aman más a Dios los que más le temen.

Cuando se le teme poco, es también muy poco lo que se le ama.

Al menos, no se demuestra que se le ame mucho.

Y las obras son amor precisamente.

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 18 Septiembre 1925

Núm. 634

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,  
fábrica de toquillas (antiguo  
camino del Sábado).

## RETRATO A D. JOSÉ NAGÉR

Hey, día de su santo,  
A un hombre como usted que sabe tanto,  
He querido estudiarle  
Y, una vez estudiado, retratarle.  
Desde luego que no será el retrato  
Una obra acabada,  
Pues yo retrato por pasar el rato  
Y no me cobro nada.  
Bien sabe, usted que la fotografía  
Está a la orden del día,  
Con que voy a enfocar; esté usted quieto,  
Y mire aquel objeto.  
No ponga así los ojos que dan miedo  
Y parece un romántico aburrido;  
Vamos a ver si puedo  
Hacer que usted me entienda, ¿se ha mo-

vido?  
Lo digo porque ya se ha desfocado:  
Póngase usted de lado,  
A ver si de perfil puede salir.  
Ese brazo que tiene usted encorvado  
Lo debe usted abrir.  
Es la máquina ésta tan estrecha,  
Córrese usted un poquito a la derecha.  
Conque vamos allá: ¿está usted quieto  
Mirando a aquel objeto?  
Pues tome usted asiento  
Porque vuelvo al momento.

Ya me tiene usted aquí, señor Nagér,  
No tenga usted cuidado que no es nada;  
Mucha serenidad hay que tener:  
Un poco más risueña la mirada.  
¿Estamos ya? ¿Destapo? ¡Voy allá!  
A la una, a las dos, a las... ya está.  
Me voy a revelarla y al momento  
Me tiene por aquí; tome usted asiento.

Pues no sé en qué consiste, D. Gregorio,  
Y no es que yo no sepa retratar;  
Pero ha salido usted hecho un Tenorio  
En la placa que acabo de sacar.  
Si quiere probaremos otra vez:  
Veremos cómo sale la otra placa:  
Saca, muchacho, saca  
Otra, y a qué fin viene esa altivez:  
Parece que está usted malhumorado  
Por lo que le ha pasado.  
Pues tenga usted presente  
Que llevo retratada mucha gente:

Y no me ha sucedido  
Jamás lo de esta tarde; ¡qué sería  
Si le hubiera pedido  
Algo por retratarle, madre mía!  
Pero qué, ¿lo retrate?  
Es que no quiero yo perder el rato.  
Y si ha de retratarse, al momento;  
¿Si? Pues tome usted asiento.  
Señor, ¡con qué mal sello  
Trabajo todo el día!  
Déjese el alzacuello;  
Pero, hombre, qué manía.  
No ponga usted esa cara de tirano,  
Que aquí en la casa ya nos conocemos.  
Pero, ¿qué hace esa mano?  
¿Si nos entenderemos!  
Allá vamos, y salga lo que salga.  
Quietos, ya está; lo que es ésta, ni en Viena.  
Qué ¿se ha reído usted? ¡Jesús me valga!  
Pues la hemos hecho buena.

Vaya usted, vaya usted a donde quiera.  
Tal vez D. Baltasar  
Lo pueda retratar  
De alguna otra manera.  
Aunque supongo, y no sin fundamento,  
Que no hay quien lo retrate.  
¿Qué dice usted, que miento?  
Jesús, qué disparate.  
Se conoce que usted estaba creído  
Que a un poeta aburrido  
Se le puede sacar exactamente,  
Lo mismo que se saca a la otra gente.  
Y esto, señor Nagér, es un error.  
Sí, señor; sí, señor.  
¿Cree usted que esa risa tan zumbona,  
Que siempre lleva usted pegada al labio,  
Y que nada perdona  
Aun al hombre más sabio,  
La saca el Sr. Blanco? Ah, si luego,  
La cabeza me juego.  
¿Ahora querrá usted que yo me vaya  
Sin tomar ni una copa tan siquiera?  
Pues mire, esto ya pasa de la raya:  
¿Qué dice, que no pasa? ¡Friolera!  
Venga, venga una copa y se acabó,  
Que ya me tiene usted medio borracho:  
Es usted más muchacho  
Que el que los inventó.

JULIO ASCANIO.



## TRIBUNAL BARATO

—Señor, señor.  
—¿Qué te ocurre, Macario?  
—¿Ya ha venido usted?  
—¿Qué dices?  
—Que si ha venido usted.  
—No he llegado todavía, pero no  
puedo tardar en llegar.  
—Pues, si no ha llegado usted ¿cómo  
me contesta?  
—Y tú, ¿cómo me preguntas si he  
llegado, si me tienes presente?  
—Es una costumbre de preguntar  
así.

—Pero es una costumbre viciosa,  
y el que así pregunta se expone a  
que se le conteste como te he con-  
testado yo.  
—No llegará la sangre al río.  
—No, no llegará la sangre al río,  
pero no te acreditas de hombre pre-  
ciso y exacto.  
—No tié que ver. La cuestión está  
en que usted esté en su sitio, *ande* de-  
be estar. *To* esta temporada estaba  
yo encogido como un caracol; ha  
venido usted y hasta *paice* que m'han

crecido los pantalones y las ganas de  
comer, a pesar de que siempre las  
tengo bastante crecidas. Mire, no me  
canso de *velo*, aquí me estaría *tol*  
santo día. *Paice* que ha echao usted  
el mal pelo; hasta me *paice* que s'ha  
quitao *vainte* años de encima.

—No seas adúlador, ya tendremos  
tiempo de hablar; ahora dime lo que  
te ocurre.

—A mí nada, no m'ocurre nada.  
*Ahi*, en la puerta, hay tres u cuatro  
esperando con mucha prisa.

—Pero, hombre, por Dios, tienien-  
do tanta prisa y lo tomas con esa  
calma.

—Es que la prisa la tienen ellos;  
yo no. Yo no tengo más prisa que  
*velo* a usted y *contemplalo*, que no me  
canso de *miralo*.

—Bueno, ya me mirará otro rato;  
díles que pasen.

—Son gente de poco más u menos,  
que usted no les hará caso; *miusté*  
qué gentecica será que todos son de  
esos que usted los mira por encima el  
hombro y que, por mote, les llama  
sabios. Con que *carcule* usted qué gen-  
tecica será.

—Hombre, entre los sabios hay de  
todo, hombres buenos y hombres  
malos.

—Yo pensaba que todos eran de  
los otros.

—¿De qué otros?

—De los de más allá.

—Mira, chico, no perdamos el  
tiempo; díles que entren y cierra la  
puerta, que hace mucho aire.

—El aire lo traen ellos, ¡vaya un  
airecico que gastan!

—¿Qué, ¿has conocido algo, o qué?

—Sí, señor; dicen que vienen a  
protestar de eso que dice usted de los  
sabios.

—Déjalos, hombre, déjalos.

—Ya les *hi* dicho que protestar, si  
es cosa *güena* y vale de comer, que  
protesten *to* lo que quieran; pero  
que a usted no le toquen ni un pelo de  
la cabeza, porque *nus* veremos; vaya  
si *nus* veremos.

—Anda, no me hagas incomodar,  
que pasen al momento. ¿No dices  
que tienen mucha prisa?

—Sí, señor; pero más tengo yo.

—Tú, tiempo tendrás; que pasen.

\* \* \*

—Buenos días, señor Mago.

(*Entran José, Jacinto y Miguel.*)

EL MAGO.—¿Vosotros sois los sa-  
bios que aguardaban?

José.—No, señor; *nusotros* no se-  
mos sabios, pero amamos y respeta-  
mos la sabiduría en los hombres de  
talento que han *estudiado* y saben  
*producirse* como corresponde, y *nus*  
gusta mucho leer lo que escriben,  
aunque muchas veces no los entende-  
mos ni podemos llegar ellos lle-  
gan, aunque *nus* pongamos escale-  
ras, ¿entiende usted? Porque yo, no  
sea por *retrai*lo, soy pescador de ofi-  
cio, me voy con mi caña al río y allí,  
entre si pican u no pican, pillo el li-  
bro y venga a dale a la letra, que  
me gusta mucho. ¿Ve usted que llevo  
luto?; pues *na*, que fui el otro día  
a mi mujer y le dije: —Ya me estás  
haciendo ropa de luto a la carrera.  
Y me dijo, dice, pues ¿quién s'ha  
muerto? Y le dije, digo: la Nicola-  
sa. Y me dijo, dice: ¿qué la *dao*? Y  
le dije, digo: un ataque de *prelesía*  
que se l'ha *llevao* al otro mundo. Y  
me dijo, dice: no *conozgo* a la Nico-  
lasa. Y le dije, digo: Si fueras ami-

ga como yo de la letura, sabrías quién es la Nicolasa. Y me dijo, dice: Pues ¿quién es? Y le dije, digo: la madre de la Escolástica. Y me dijo, dice: Pues me quedo igual. Y le dije, digo: Qué vas a conocer, si no coges en tu vida un libro en la mano. Y me dijo, dice: Ni falta que m' hace. Y le dije, digo: Si leyeras como yo, te ilustrarías más de lo que estás y sabrías que hay una novela que la estoy leyendo yo, y se m' ha muerto la Nicolasa, una mujer que no *tié* más que valer, que la quería yo al querer de mi vida; la *hi llorao* de regio y *quió llevale* luto *pa* que no pene en el otro mundo. Fué la Nicolasa una mujer muy desgraciada; tuvo un marido que la abandonó con cuatro chicos; se le fué a la Argentina; allí se casó con un tal Tiburcio que le pegaba un día sí y otro *tamién*. Luego se puso de niñera en casa de unos marqueses que la trataban como a una negra. No quiera *usté* saber las averías que pasó y lo grande que debe ser la cabeza que ha escrito ese libro, que le pone a uno carne de gallina el ver que sufren tanto las personas esas, que lo siente uno, mire, como si fueran de mi familia. Es un sabio ese hombre, sí, *siñor*; pero un sabio de primera. Y *nosotros* venimos a protestar de que *usté* los trate como si esos hombres fueran unos pelagatos.

—¿Y esos sabios creen en algo?

—No, *siñor*; que no son sacristanes de ninguna iglesia, no se vaya *usté* a *crer*. Y *nosotros* tampoco creemos, gracias a Dios. ¡Cuando esos sabios que s' han *quemao* tanto las cejas sobre los libros, no creen en nada, ni quieren ningún trato con Dios, ¡qué habrán visto! Seguramente saben ellos que todo es una mentira cuando no quieren a Dios.

—No hablas bien, José; dices muchas tonterías y, aunque eres pescador, no sabes lo que te pescas. Yo no soy sabio, pero sé lo suficiente para afirmar que lo que hay en esas cabezas es cada gazapo que da miedo. Y lo peor de todo no es que esos cerebros estén llenos de gazapos, sino que aparezcan como sabios sin serlo. ¿Quieres ver alguno de esos gazapos? Dices esos mentecatos que el hombre descende del mono. Pregúntales tú mismo que ¿cuándo, que cómo se hizo ese cambio?; no saben nada y sin más pruebas lo aseguran como artículo de fe. Se conoce que se han mirado en el espejo de algún chimpancé y se han dicho: éste soy yo. Tal vez no se equivocuen. Nadie, en la historia del mundo, ha visto a un mono ascender a la categoría de hombre; no puedo afirmar lo mismo de muchos hombres que, rápidamente, les he visto descender a la categoría de animales. Dicen ellos: los creyentes admiten los dogmas sin pruebas. Mentira. Aunque no haríamos otra cosa que lo que ellos practican, tragándose esos gazapos que tan caros cuestan. Pero qué más, si son tan idiotas, así, idiotas, en eso, que afirman que las estrellas se han hecho solas, la frutas ellas solitas, lo pájaros absolutamente solos, la luz, el calor, la vida, con todas sus maravillas, se han hecho al azar. Se necesita ser tontos para afirmar estas cosas, y a uno sólo se le ocurre afirmar: que para decir esto, realmente, sobra la cabeza. Me haría interminable si hubiera de sacar a relucir to-

dos los gazapos que se crían en esos cerebros, que son verdaderos conejares. Yo, cuando veo a uno de estos desdichados, le digo: No te empines, ni te des aire diciendo que le vuelves la espalda a Dios. Arrea, jaque; el que te repele por tonto y por idiota imposible es Dios, como el maestro que echa a patadas de la escuela a los chicos que tienen la cabeza echada a perder. Nadie más que yo respeta y bendice la memoria de los sabios, pero de los sabios buenos, no de los sabios que son el escándalo del Universo, si, que no sé cómo no se estremece y se derrumba cuando siente sobre sus espaldas alguno de esos sabios que se pasa la vida blasfemando como Satanás. Y ¡cosa providencial!, esos sabios, cuando han removido la piedra fundamental de todos los conocimientos, que es Dios, se les hace de noche, no ven las cosas más triviales y todo su ser les resulta lleno de tinieblas. Y por eso les llamo idiotas, así, idiotas. ¿A qué niño llamamos idiota? Al niño que no ve ni entiende las cosas más fáciles y sencillas. Si le enseñas un reloj a un niño y aquel niño asegura que aquel reloj se ha hecho solo, a ese pobre niño lo declaramos así, idiota. Pues una cosa parecida son los sabios, no los buenos, cuyas manos beso, sino los malos, los que reniegan de Dios. Ellos no dicen que un reloj se ha hecho solo, sino algo más. Dicen que el reloj de la vida vegetal y el reloj de la vida animal, tan maravilloso y complicadísimo, se ha hecho solo. Y esto tan sólo por no decir que lo ha hecho Dios. ¡Será odio satánico el suyo! ¡Infames! Y Dios ve esto y se calla y ¡no se abre la tierra. Basta, no estoy en este tribunal para oír sandeces. Si, por lo menos, no os hiciérais daño más que a vosotros mismos, menos mal. Lo peor es que a un ser tan débil y enfermizo como es el hombre le hacéis víctima de todos vuestros contagios y así anda el mundo, que da asco. Los hombres de bien que tenemos la cabeza un poco segura, estamos hartos ya de esa francachela escandalosa de la incredulidad, que sólo vive en la tierra para perpetuar la degollina de Herodes, ese monstruo que se pasa la vida matando niños, porque niños son, aunque alardeen de hombres, los que caen muertos en su fe. No pido que se les mate, no; son mis hermanos, no puedo negarlo, aunque no lo parecen, pues no llevan la señal del Padre. Pero sí pido que se les aisle, como a los leprosos de la Antigua Ley. Por culpa de ellos está el mundo purgando males sin cuento. El antiguo leproso se veía obligado a gritar cuando alguno se le acercaba: inmundo, inmundo.

Estos leprosos debían hacer lo mismo.

Que, a pesar de todo, había algún insensato que se les acercaba. ¿qué le íbamos a hacer? Un leproso más. Pero los demás, así, sabríamos a qué atenernos.

EL MAGO.

#### Pensamiento

Los pegados a las cosas vanas, mueren temiendo la muerte; pues ese temor les incita a mentir y así mueren antes de morir, porque mintieron para vivir.



Acabo de escuchar una pena horrible.

Tanto más horrible cuanto ha venido más inesperadamente.

Pero cayó sobre un alma de fe. He aquí cómo ha sido recibida: *Señor, Vos lo habéis hecho, está bien.*

La *roñosería* con Dios tiene una explicación.

Es cuestión de fuego. ¿Cómo puede haber generosidad si hay poco fuego en el alma?

Y es una vergüenza que lo haya tan poco comulgando todos los días.

Vino a traer fuego a la tierra; lo dijo El.

Para renovar todos los días ese fuego en las almas se quedó en el altar.

Pero el fuego sólo prende en las almas bien dispuestas.

¿Que cómo se habrán de disponer?

Hélo aquí: estando libres de pecado y ardiendo en deseos de abrazarse en su amor.

¡Pobre Dios!  
¡Cuán poco se le da!  
¡Poco de tiempo!  
¡Poco de amor!  
Se le trata muy de prisa  
Se le ama muy a la ligera.

Parece que deba contentarse con las migajas que caen de nuestro corazón.

Y Dios se lo merece todo.  
Aún más, lo pide todo.  
Aún más, lo reclama todo.

M. DE SANTA CATALINA.

#### POR AMBICIOSO

—Dame todos tus rayos y tus fuegos,  
Oh Sol encantador,  
Para mí te ha criado Dios, mi Padre,  
Tú eres un pobre esclavo, yo soy yo.  
Yo soy el heredero del Altísimo,  
Mío es su patrimonio, y su mansión  
Con todos sus regalos y grandezas  
Mía será también, cuando el reloj  
De los tiempos resuene en los espacios  
Anunciando que el tiempo ya pasó.  
No te sientas altivo y orgulloso  
Por ese resplandor  
Con que humillas mi cuna y mi linaje,  
¡Qué sabes quién soy yo!  
—Toma todos mis rayos, sabandija,  
Toma todo mi fuego abrasador;  
Había confundido al ángel bueno  
Con el pobre y malvado pecador.  
Y en un segundo le abrasó los ojos  
Y de todo quedó un poco carbón.

JULIO ASCANIO.

RECIBIRÉ  
AGRADECIDO  
LIMOSNAS DE  
YUADA A LOS  
GASTOS DE ESTA  
**Hojita**

# HOJITA PARROQUIAL

## DE VILLANUEVA DE ALCARDETE

«PAX VOBIS NON  
QUOMODO MUN-  
DUS DAT, EGO  
DO VOBIS»  
(JOHANN XX. 27)

### Exaltación de la Santa Cruz

Nuestro Señor Jesucristo, así como le ha sido dado un nombre sobre todo nombre, ante el cual todo se inclina, con amor o con odio inexplicable, porque siendo Dios, todo es Amor, y Amor sin límites; así quiso El exaltar la Cruz, instrumento de su suplicio, que lo era de esclavos, sobre todo otro instrumento, en el correr de los siglos.

**Primero.**—Exaltó su Cruz presentándola en el espacio a Constantino como señal de victoria; la cual conseguida por aquel Emperador, de alma cristiana a lo natural, antes de ser bautizado sobre su otro rival Magencio, enemigo éste del nombre cristiano, la hizo colocar sobre las banderas y estandartes de sus legiones, y aun sobre la cimera de su casco, después de elevarla en su corazón un trono. ¡Magnífica exaltación al altar de la Sacratísima Víctima de la Redención del mundo, a la Santa Cruz!

**Segundo.**—Su madre, Santa Elena, no paró hasta hallar cerca del Calvario esa Cruz Redentora; signo de Redención, por El que en ella, y por medio del suplicio de ella, nos salvó. Allí edificó un suntuoso Santuario que, en todo su conjunto, comprendía también el sagrado sepulcro del Salvador, depositado allí, difunto, por algunas horas; porque, al tercer día, resucitó con todas las dotes del cuerpo glorioso, privado del lastre de la cantidad dimensiva, sujeto de los accidentes, que nos ocultan la substancia del ser, y lo atan a toda la materialidad que en nosotros hallamos; y de la cual no podremos desprendernos hasta que cautivos en el sepulcro, salgamos de él como mariposas que hacia allá arriba vuelan, sin el lastre de nuestra mortalidad y sin la envoltura de nuestras miserias, hijas de la materia mortal. ¡Exaltación santa y bendita al Amor de los Amores!

**Tercero.**—En el año 628, el emperador Heraclio, a costa de su sangre y de la de sus bravos soldados, recibía del feroz Sisroes, la reliquia de la Santa Cruz, que el no menos feroz Cosroas, padre de aquel salvaje (a cual más de los dos; porque Cosroas mató a su padre a palos, y Sisroes al suyo a saetas, muy pausadamente, para deleitarse en el sufrimiento del autor de sus días: *quien a hierro mata, a hierro muere*), había llevádose prisionera desde Jerusalén a Persia, junto con Zacarías, patriarca de la Ciudad Santa, en una terrible irrupción que hizo por los Lugares Santos, degollando, matando y arrasándolo todo sin compasión alguna.

Heraclio, en otra irrupción del hijo de Cosroas, salió con bravura a su encuentro, con ánimo de rescatar la Santa Cruz; y de ese mismo ánimo, embargadas todas sus tropas, tantas victorias consiguieron, que Sisroes se vió obligado a pedir la paz, cuya pri-

mera condición era la del Santo Madero, condición que fué cumplida inmediatamente.

Resumen de este punto, apuntando a otros: Exaltación de la Santa Cruz en que los feroces emperadores persas la respetaron, como al patriarca de Jerusalén Zacarías; devolución de la Sagrada Reliquia a fuerza de bravuras por Ella; y por último, entrada triunfante en Jerusalén a hombros del Emperador, que hubo de desnudarse de sus arreos imperiales para poder llevarla.

Los consejos que lisonjean las pasiones son casi los únicos que se escuchan.

Habla poco al que te observa, y observa mucho al que te habla.

La verdad es dulce y amarga: cuando es dulce, perdona; cuando amarga, cura.

### ¡DIOS!

(CONTINUACIÓN)

El Párroco entra, pero se detiene a los pies de la cama, y entonces el doctor le dice: "Padre Hipólito, ¿a qué habéis venido?"

—"A visitar al gran Littre", dijo el sacerdote.

—"Os equivocáis, señor, replicó el enfermo; sólo veréis en mí un acervo de miseria y ruinas. Haced el favor de acercaros a mí".

¿Qué pasó en aquella entrevista? Nos lo dirán los hechos, que brevemente apuntaré al punto.

Al día siguiente, Mr. Littre, con pavor de sus amigos sectarios, recibía el santo Bautismo, la Sagrada Eucaristía, se unía en santo Matrimonio con la señora madre de su hija, de aquella hija que con ojos y voz de ángel había derribado al coloso, y recibía la Santa Unción. Como en triunfal carroza subió al Cielo, abriéndole éste sus puertas, disipadas ya todas las preocupaciones de una ciencia vana y mal entendida en lo recto que debe tener el discursar lógico y el apreciar discreto y luminoso, no tenebroso y fatuo.

2.ª ¡Dios! Un filósofo averiado, cultivador del *sport* en muchas cátedras filosóficas (Kant, Hegel, Fichs, Shopenauer, Darwin, Häckel, etc.), se propuso demostrar gráficamente, que eso de la *idea de Dios* es sólo un sueño de imaginaciones calenturientas, encerrándose en el círculo de hierro de su casa, haciéndose la ilusión de que ella era el mundo entero, supuesto que él no podía aniquilar la idea universal de la existencia de Dios ni mojar la oreja a ninguna de las cinco partes del mundo, en las cuales totalmente tiene Nuestro Señor no sólo crédito, sino respeto y adoración, más o menos racionales con respecto a los medios. Ese filósofo era Sentennis.

En un viaje que hizo al África meridional con tal propósito, compró un chicote recién destetado, que no podía tener la menor noción de Dios. Lo instaló con todo regalo en una quinta que él poseía, lejos de todo trato humano, encargando severamente a su servidumbre que cuidaran bien de la criatura, pero que se abstuvieran en absoluto de pronunciar el nombre de Dios en presencia del niño. Los sirvientes cumplieron fielmente el encargo, y nuestro filósofo, a su vez, conforme iba creciendo, con mucho esmero y calor le iba inyectando sus *sabias doctrinas*.

Pero el chico, cuando a su mentor se le antojaba que le había salido un catecúmeno de órdago, le salió por este registro, a los diez años de orgánica, pulsando la siguiente tecla:

Era una mañana hermosísima del mes de Mayo, en que el jovencito había madrugado más que de ordinario. Apenas el alba iba ya recogiendo su manto de grana y oro, dejando las flores saturadas de néctar y aromas, y las avecillas, sacudiendo en la enramada su pereza, lanzaban al aire su trinos y gorjeos, el mocete bajó al jardín, miró su retrato de ángel en la taza de plata de una de aquellas limpidas fuentes de surtidor, y se vió cual era; pues todo el esmero que nuestro filósofo puso, y las trazas que se dió para hacer de un niño un ateo, aislándolo del mundo, sólo sirvieron para edificar el edificio magnífico de un corazón limpio; y sabido es, para todo el que haya hojeado el catecismo, que Dios Nuestro Señor tiene reservada una bienaventuranza a la inocencia, y limpieza de corazón, y es esta: "¡Ellos verán a Dios!"; y lo vió nuestro niño allá, en los repliegues de su alma.

El sol comenzaba a levantarse magnífico en su carro de fuego, lanzando piadoso a todo ser sus dulces rayos de calor y luz; iba tocando ya a las ventanas de la *clorofila* de las plantas, ofreciéndole, con sus rayos, escalas a los átomos de ácido carbónico, para ocupar su debido lugar en la atmósfera, evaporando al mismo tiempo las gotas de perlas que la aurora había depositado en las corolas de las flores, y con esto embriagando el ambiente con éteres y aromas; y arrancando del suelo a la alondra, para que subiendo, subiendo, se meciera dulcemente en el espacio y cantara un himno al Creador y su obra.

(Concluirá).

En toda controversia, el primero que se enfada es el que no tiene razón.

Vivir, sin tener nada que reprocharse, debe consolar al hombre; no envanecerle.

El pueblo, si no teme, es de temer.

Tip. Gambón : Canfranc, 1, Zaragoza